

Montevideo, 8 de octubre de 2001.

Ha comenzado una nueva guerra. Desde el 11 de septiembre, cuando un ataque terrorista destruyó las Torres Gemelas y parte del Pentágono, vivimos la “calma” de los preparativos de la respuesta a aquel ataque que comenzó masivamente ayer con los bombardeos a Afganistán. La información, a pesar del poderío de los medios de comunicación y del tiempo que destinan a esta cuestión, es escasa y parcial. Se tiene la sensación que –como dijo el Presidente Bush- hay cosas que no se saben y que no se sabrán, haciendo alusión al secreto que siempre rodea a la actividad militar. Pero tal vez lo que más importe no sea la falta de información bélica sino los sesgos que se están dando a la reflexión que obligadamente debe hacer toda la humanidad ya que –tengámoslo claro- directa o indirectamente esta situación nos afecta a todos.

La confusión empieza por asimilar justicia con venganza, a los Talibán con el islamismo, a la guerra con una cruzada, a la OTAN con los aliados, a occidente con EEUU, a la civilización con occidente, al que no está con alguien con su enemigo, a los defensores de la libertad con el triunfo militar de esta alianza montada sobre tratados cuya puesta en marcha no requiere de la participación de las Naciones Unidas.

Parece ser que los que condenamos el ataque terrorista del 11 de septiembre no tenemos otra opción lógica que aceptar esta guerra, que está anulando el camino de decir sí a la paz. Defender la paz parece casi colindar con tolerar el terrorismo.

Mientras el mundo es llevado a una situación que significará la destrucción de millones de vidas (también inocentes) al deterioro de las condiciones de vida de otros millones de personas, y a una tremenda explotación de recursos naturales, parece predominar la pasión irreflexiva.

Sería bueno que empezáramos a arrimar algunas reflexiones: ¿Cuáles son las situaciones que llevan a que surjan estos fanatismos sectarios? ¿No estarán abonadas –en el reclutamiento de sus seguidores- por la desesperación que provocan guerras y dominaciones sucesivas con situaciones extremas de vida sin perspectivas? ¿El terrorismo es privativo de algunas civilizaciones? ¿El fanatismo tiene lugar sólo en algunas religiones y culturas? ¿No existieron (y existen) terrorismos engendrados en la civilización occidental y cristiana?

La imprecisión, inclusive jurídica, en el concepto de terrorismo, ¿no nos llevará a caracterizar a la ligera cualquier movimiento opositor al sistema? La campaña de apoyo a esta alianza de la “libertad duradera”, en la que se alinearon los gobiernos latinoamericanos (TIAR mediante) ¿no volverá a militarizar a nuestros países y nuestra vida cotidiana? ¿No estaremos ante un resurgimiento de la abandonada Doctrina de la Seguridad Nacional, ahora Mundial, que generó tantas víctimas del terrorismo de Estado? ¿No resurgirán el racismo, la xenofobia, la intolerancia, el dogmatismo en cualquiera de sus formas?

La historia parece enseñarnos que cualquier civilización puede, en determinadas situaciones, generar excrescencias que alegando su defensa, sean todo lo contrario. Es sabido que desde siempre las enormes atrocidades se hicieron en nombre de causas justas. Cada civilización contiene una cuota de su contrario, aunque éste opere en su nombre. Esta guerra no es un enfrentamiento de civilizaciones, es el enfrentamiento entre lo incivilizado que ellas contienen. La una, endiosando al Talibán y la otra generando las grandes inequidades mundiales por endiosar al mercado y la ganancia, convierten al mundo en un polvorín que hará estallar no sólo a las civilizaciones respectivas sino la convivencia mundial.

Las experiencias históricas de la humanidad, que todavía no ha podido hacer del mundo la casa de todos, en especial las guerras del siglo pasado, debería ser usada para generar un sistema que permita en el respeto y la universalidad de normas, la convivencia mundial de los diferentes. En esa intención se empezó la construcción de las Naciones Unidas, de las cuales hoy parecen apartarse estos poderosos para evitar

todo freno al ejercicio exultante de su poder militar y económico, contra quienes – recordemos- supieron ser sus socios.

Esta guerra traerá muchas muertes, muchas pobrezas a muchos pueblos y a muchos países. Junto a esto traerá a ciertos sectores muchas ganancias y reconquistas de posiciones perdidas.

No estar con la guerra no es favorecer al terrorismo y mucho menos tolerar lo intolerable, es defender la construcción permanente de la paz que pasa por efectivizar los principios y las normas que todos los pueblos acordamos cualquiera sea nuestra nacionalidad, religión, raza, idioma, etc.

No desandemos este camino; el camino de la paz es el único que permitirá el desarrollo humano, el respeto irrestricto de los derechos y de las libertades de las personas y los pueblos, el desarrollo de la solidaridad y la fraternidad.

Invitamos a la sociedad civil a pensar sobre la situación actual y a defender la paz.

**POR LA PAZ
NO AL TERRORISMO
NO A LA MILITARIZACIÓN DEL MUNDO**

Madres y Familiares de Uruguayos Detenidos-Desaparecidos